

existieran. Y por la exclusiva razón de que les fue prohibido, les fue imposible, por razones políticas, económicas y sociales, acceder a esa cultura.

Hay otra razón más personal. Mi madre ha aprendido, cerca de los sesenta años, a leer y a escribir correctamente en una Escuela de Adultos. Ella me contaba que dejó de ir a la escuela -nació en 1930- por culpa de la guerra; me contaba que le gustaba mucho, que disfrutaba aprendiendo a escribir y a leer. Iba a una de aquellas escuelas públicas mixtas que fundó la Segunda República Española, pero con la guerra tuvo que dejarla. Durante toda su vida mantuvo, como muchas personas de su edad, ese resquemor, ese miedo a vivir, porque pensaba que no sabía hablar, que no sabía leer bien, y ese sentimiento de parálisis la afectaba a la hora de querer leer un libro y no acabar de enterarse bien de lo que decía, a la hora de escribir una carta y no saber poner las palabras, no saber separarlas y no estar segura de si las escribía bien o mal. Cuando yo iba a mi casa, hace pocos años, por la noche, y no me encontraba a mi madre viendo la televisión, o haciendo punto, o cosiendo, sino que la veía con un libro, con un cuaderno, haciendo ejercicios de sumar y restar, o ejercicios de caligrafía, eso me emocionaba profundamente, me parecía un triunfo, el mayor triunfo que puede obtener una persona que se defiende del ridículo, que se defiende de la vergüenza acumulada. Ir a la escuela, tan mayor, decía ella y dicen muchas personas. Pero esas personas se ponen una meta, y a medida que aprenden comprueban que llevaban razón en lo que habían sospechado, que aprender, saber escribir y leer, conocer los libros, es como llegar a otro país cuya existencia no se conocía. Es como si de pronto la vida creciera, se ampliara. Adquieren así el derecho al orgullo, el derecho a la dignidad de los hombres.

EL VALOR DEL LIBRO

Cabe preguntarse por qué esa importancia, por qué ese valor del libro, de la lectura, del acto de escribir, por qué agradecen tanto ese valor las personas que aprenden a esa edad, ya que les fue imposible aprender antes, y por qué hay, por el contrario, ese abandono público ante el aprendizaje de la escritura. Si uno ve, por ejemplo, la televisión, la pública y la privada, observa que la mayor parte de sus programas son ridículos, hechos para engañar, para mentir. Uno se pregunta, por ejemplo, por qué en una región tan pobre e inculta como Andalucía, igualmente pobre e inculta a pesar de la Ex-

Fue muy emocionante ver cómo los niños con siete, ocho, nueve años, empezaban a escribir, a inventar, a contar cosas, a transmitir emociones

po y de todas esas escenografías, por qué en esta tierra se gastan 20.000 millones de pesetas anuales en una televisión pública, que emite basura la mayor parte del tiempo.

Yo ahora vengo a bibliotecas como ésta por una razón de militancia. El otro día estuve en un colegio público en Níjar. Me llevaron unos maestros amigos míos. Fui a dar una charla y a entregar unos premios en un concurso literario que convocaba un colegio. Fue muy emocionante ver cómo los niños, gracias al esfuerzo de los maestros y a su propio esfuerzo, con siete, ocho, nueve años, empezaban a escribir, a inventar, a contar cosas, a transmitir emociones, y era insultante que aquel acto no se celebrara en un salón digno y limpio; se celebraba en un cine, prestado por el Ayuntamiento, porque el colegio no tenía facultades, en un cine donde se fue la luz y donde las butacas estaban reventadas, donde daba lástima estar. En cambio, a pesar de esa penuria, vencía la literatura, vencía la palabra, vencía la importancia de la expresión de aquello que tenemos en el fondo de nosotros mismos.

Porque sí sirve, y mucho, leer y escribir. Los libros son importantes, y por eso son perseguidos por las dictaduras. En la palabra, hablada o escrita, en la palabra que sirve para comunicar, no para mentir, está lo más de humano de nosotros, lo que hay de memorable y de admirable en cada uno de nosotros. El pensamiento reaccionario nos dice que hubo un pecado original y que todos tenemos que pagar las consecuencias; también nos dice que el hombre es malo y dañino por naturaleza; para que esa naturaleza no sea del todo destructiva, hay que redimir al hombre y someterlo a las tiranías y mantenerlo encerrado a ser posible.

Cuando la dictadura de Franco, se decía que los españoles teníamos que vivir forzosamente en la dictadura, porque éramos salvajes; si se nos daba un poco de libertad, inmediatamente nos matábamos unos a otros y cometíamos barbaridades. Curiosamente, después de medio siglo de una dictadura ignorante y feroz, se comprobó que los españoles no se mataban entre sí, que eran personas tolerantes y relativamente civilizadas. El pensamiento reaccionario ha dicho siempre que, por ley natural, el hombre es un lobo para el hombre, que siempre habrá ricos y pobres, que las mujeres son inferiores a los hombres, etcétera.

Hay un pensamiento distinto, el pensamiento de la Ilustración, que dice exactamente lo contrario. El hombre no es malvado ni bueno por naturaleza, casi nada es por naturaleza, la desigualdad no es natural, los ricos no



tienen por qué ser ricos y los pobres no tienen por qué ser pobres. El movimiento de izquierdas ha defendido siempre -podemos remontarnos al siglo XVI- que el hombre hace su historia y puede cambiarla y mejorarla. La Iglesia, el cristianismo, decía que habíamos venido a un valle de lágrimas, y que este mundo estaba hecho para sufrir; los sufrimientos de este mundo nos servirían luego para ser en el otro más felices. Muchas personas empezaron a darse cuenta, hace siglos, de que tal vez no exista otro mundo, y si lo hubiera, uno tiene derecho a vivir y a ser feliz en este mundo, a buscarse la vida y a vivir con dignidad aquí.

EL LIBRE EXAMEN Y LAS TRADUCCIONES

El libro, la palabra escrita, ha estado presente siempre en toda revolución. Imaginen el cambio que supuso, a finales del siglo XV, la invención de la imprenta. Hasta entonces los libros estaban prácticamente escondidos en los monasterios y en los palacios; un libro era difícilísimo de copiar, se tardaban años en copiar un solo libro, y eran accesibles sólo a una minoría: clérigos, nobles, gente que los atesoraba para sí. La invención de la imprenta supuso algo parecido al milagro de la multiplicación de los panes y los peces. Permite que los libros se puedan multiplicar indefinidamente, y permite también leer en soledad. En *El Quijote*, por ejemplo, se cuenta que en la venta, como casi todos son analfabetos, alguien lee en voz alta y los demás escuchan. La Iglesia tenía entonces, por decirlo así, el monopolio de la lectura en voz alta; en misa se leían las escrituras sagradas en latín, para que la gente no comprendiera lo que oía y tuviera que ser interpretado por el clero.

En el Renacimiento, en los momentos posteriores a la invención de la imprenta, surge algo que es casi una herejía: el libre examen que defendió Erasmo y luego Lutero, que consiste sobre todo en un hecho físico y concreto que cambiaría el mundo, gracias al cual nacerían espacios como esta biblioteca. El hecho es el siguiente: para los partidarios del libre examen, para los partidarios de la Reforma, la Biblia puede y debe ser leída en soledad por cualquiera, la Biblia debe ser traducida al idioma vernáculo de cada país, para que cualquiera, sin intermediarios, pueda leerla e interpretarla. En ese momento es cuando Lutero traduce la Biblia al alemán, cuando empieza a traducirse la Biblia al inglés y cuando se traduce también al español. Hay una maravillosa traducción de la Biblia al castellano, que se publicó en Amberes, hecha por un fraile español del siglo XVI,

Hay que saber y para saber hay que ir a la escuela y dominar la palabra, porque quien es dueño de las palabras es dueño del mundo.

Casiodoro de Reina, un fraile católico, humanista, partidario de esas tendencias, que no por casualidad murió lejos de España. Con la imprenta y el derecho a la traducción a la lengua vernácula, cualquiera puede acceder a lo que se consi-

deraba la cima del poder. Ya no era necesaria la dirección de un clérigo, no había que estar en la iglesia, uno podía estar solo en casa, leyendo, y una persona leyendo sola en su casa goza de una autonomía absoluta. Por eso los poderes reaccionarios se pusieron en marcha y la Iglesia Católica prohibió la traducción de la Biblia a las lenguas vernáculas. La Biblia sólo podía ser manejada en la versión latina, de manera que el clérigo transmitiera su versión a los ignorantes.

Pero no sólo hace falta que el libro se multiplique, también es necesario que la gente sepa leer y escribir. De nuevo las clases dominantes -en los siglos XVII y XVIII-, la aristocracia y la Iglesia, se oponen furiosamente a que se extienda el hábito de la lectura. ¿Por qué? Según la ideología de esa época, las personas nacen desiguales. Dios ha garantizado un orden del mundo que es inamovible, donde hay unas jerarquías que dominan la tierra, con un rey que es rey por delegación de Dios y que representa la autoridad divina, el orden jurídico querido por Dios.

Las clases dominantes estaban representadas por el rey, la aristocracia y la Iglesia. El pueblo, llamado el Tercer Estado, no tenía derechos políticos ni de ninguna clase. Los ilustrados, sobre todo en Francia, pero también en Italia, en Inglaterra, en España, empiezan a defender unas ideas que entonces eran revolucionarias: todos los hombres nacen iguales, los derechos son universales y, por tanto, un aristócrata es igual que un campesino; ninguna ley natural garantiza la división en clases y todas las personas tienen derecho a leer y escribir. A partir de la Revolución francesa se crea algo que, para la izquierda española, fue siempre un arma de batalla: la instrucción pública, el derecho de cualquier ciudadano al aprendizaje gratuito en escuelas profesionales. Para ser un ciudadano libre, hay que saber y para saber hay que ir a la escuela y dominar la palabra, porque quien es dueño de las palabras es dueño del mundo.

No es casualidad que cuando llega a España la Segunda República, la primera medida importante que toma es duplicar automáticamente el número de maestros, crear el doble de escuelas de las que había entonces. Al mismo tiempo las escuelas se vuelven mixtas y se desvinculan del clero. En España todo está muy retrasado, y lo mismo que pone todavía en algunas monedas

"Caudillo por la gracia de Dios", en la España de los años 30 las escuelas, en su mayoría, eran patrimonio de la Iglesia. La República hace la escuela mixta y laica, y al mismo tiempo pone en práctica algo que después tardaría medio siglo en volver, algo que hoy nos parece obvio, pero que costó muchos años de lucha. La España republicana de 1931 fue el primer país europeo que reconoció el derecho al voto de las mujeres. Esta medida provocó la reacción del clero y de los terratenientes, de aquellos que querían seguir dominando el mundo. La guerra civil, ganada por los enemigos del saber, por los enemigos del pueblo, hace que España vuelva a retroceder. El sufragio universal tarda otra vez muchísimos años en imponerse, y en las escuelas vuelven a estar separados los niños y las niñas.

De manera que ese esfuerzo por el saber, por las bibliotecas, por las palabras, queda destruido y tiene que empezar otra vez, lentamente, a ponerse en práctica. Hay un par de generaciones de españoles que fueron las víctimas de esa situación, las personas de clase trabajadora que nacieron en los años 30 ó 40; a esas personas les fue negado radicalmente el derecho a saber, el derecho a pensar, y los libros fueron controlados por la censura. ¿Por qué? Ese viejo acto del que ya he hablado, estar una persona sola leyendo en una habitación, era un acto subversivo y se impedía que se pudiera ejercer. Ahora, después de medio siglo, la libertad ha traído consigo una serie de cosas que se nos olvida agradecer; ha traído, por ejemplo, un hecho que hace 20 años habría sido milagroso o excepcional, y es que en esta misma biblioteca pueda haber cualquier libro de cualquier autor de cualquier país, sin que nadie tenga que censurarlo, sin que ninguna autoridad interfiera entre lo que ustedes pueden leer y quieren leer, y lo que esa autoridad crea que es necesario.

LAS PALABRAS ENGAÑOSAS

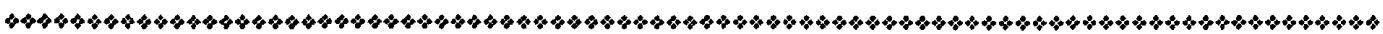
Se ha desarrollado una sociedad en la cual las personas no valen por lo que son, sino por lo que pueden rendir, por el dinero que pueden ganar. Tampoco ahora es imprescindible, no interesa que las personas sepan manejar las palabras, que puedan huir de la realidad leyendo un libro o entender la realidad cuando leen un libro. Se quiere hacer de nosotros no ciudadanos, no personas con deseos, sentimientos, imaginación, ternura; se quiere hacer gente que rinda, pura fuerza de trabajo, para ser empleada o desempleada cuando se quiera. Para que eso sea así, para que haya una sociedad dócil, que lo acepte todo, que no se rebele, que se crea las mentiras,

Cuando se emplea la palabra amor o ternura para mentir, en ese momento las palabras son nuestras enemigas.

hace falta una sociedad en la que no se lea, una sociedad en la que las personas no sepan manejar las palabras, donde las personas sustituyen las palabras por el grito o por la pasión. Ya he dicho que la palabra, hablada o escrita, es la que decide lo más humano que hay en nosotros. Pero también la palabra, lo sabemos todos, puede ser usada para mentir, para engañar. ¿Qué parte de verdad y mentira hay en las noticias de los periódicos, en la televisión, en los anuncios? Muchas de esas palabras mienten, pero se nos invita a que las creamos con los ojos cerrados. Los anuncios de la televisión, por ejemplo, en cuántos de ellos se ensucian o se prostituyen palabras que son sagradas. Hasta hace muy poco tiempo ponían un anuncio que decía: "Déjalo todo y ve a por ella". Esas palabras suenan como una invitación para seguir a una mujer de la que se está enamorado, invitan a cumplir una ilusión. Pero "ella" no era una mujer ni una ilusión, "ella" era una cuenta en el banco. Ahí se está jugando con la palabra, contra nosotros. Cuando se emplea la palabra libertad en vano, cuando se emplea la palabra justicia en vano, cuando se emplea la palabra amor o ternura para mentir, en ese momento las palabras son nuestras enemigas. Por eso necesitamos conocer las palabras, saber cuándo mienten y cuándo dicen la verdad, y también para saber decir la verdad cuando queramos alcanzar la posibilidad de comunicarnos o expresarnos.

Muchas veces sentimos que algo no se puede manifestar y decimos: "Me faltan las palabras". El hombre necesita las palabras, necesita conocer las palabras para explicarse, para explicar su rabia, su rebeldía, y también para cosas prácticas, para que no le engañen, por ejemplo, a la hora de firmar un contrato. Recuerdo que, cuando era pequeño, algunas personas decían: "No leas tanto", "No aprendas que te vas a volver loco", "Eso no sirve para nada, lo que sirve es ganar dinero", "¿Qué haces leyendo un libro y no estás aprendiendo otra cosa?, eso no sirve para nada". Pues sí sirve, sirve para cosas tan prácticas como ésta: para que, a la hora de enfrentarse a las palabras escritas, una persona sepa si lo están engañando o no, y sirve también para que sepa explicar lo que quiere ser, y sepa gritar, si es necesario, y sustituir el grito o la brutalidad por la palabra.

El pensamiento no existe independientemente de su expresión; cuantas menos palabras se dominan, menos posibilidades de pensamiento se tienen. Por eso es tan dañina la pobreza del lenguaje de quienes se dedican a la política. A veces, las autoridades políticas dicen cosas incomprensibles y hay quien dice: "Claro, es que el



lenguaje es muy elevado y yo no tengo capacidad para entenderlo". Pero si se atiende con cuidado, entonces se cae en la cuenta de que esas palabras no se entienden, precisamente, porque están dichas para no ser entendidas. En los informes económicos, por ejemplo, se utilizan términos de difícil comprensión y alguien puede pensar: "El que maneja estas palabras es más inteligente que yo". Pero es mentira, no es más inteligente, lo que ocurre es que tiene una posición de dominio y utiliza las palabras para engañar.

LA HERMANDAD DE LA PALABRA

Hasta ahora, apenas he hablado de literatura, de novela. La literatura es la consecuencia de otras cosas, anteriores a la literatura, que son mucho más importantes. Al fin y al cabo, un libro hace lo que hacían nuestros padres cuando éramos pequeños, contamos historias. Y un escritor lo que hace es explicar su idea del mundo y transmitirla, igual que un amigo en una conversación le cuenta a otro las cosas que le ocurren, lo que siente. Un libro sirve, como las palabras, para dos cosas que parecen contradictorias: para aislarnos de nuestro alrededor, cuando uno está aplastado por las circunstancias, cuando domina el dolor o el tedio y parece que el mundo está cerrado; en momentos así, el libro sirve de tregua y puede dar consuelo. Pero también sirve para comunicarse. Nuestras vidas son muy limitadas en el espacio y en el tiempo y somos menos libres cuanto más limitadas son nuestras vidas.

Nacemos y crecemos en un medio y estamos dominados por nuestro trabajo, por nuestras obligaciones, por las personas que tenemos alrededor. Con frecuencia sentimos una especie de peso y quisiéramos romper ese límite de nuestro alrededor. El libro nos permite conocer el mundo que se abre ante nosotros, y relacionarnos no sólo con las personas que tenemos cerca, sino también con personas que viven al otro extremo del mundo o que murieron hace miles de años. Eso crea una hermandad, la hermandad de los que aman la palabra. Al amar la palabra, se ama también la verdad y se respeta al otro; si uno se interesa por la vida del otro, está defendiendo sus derechos. Ahora se impone exactamente lo contrario, la separación de los derechos, el aislamiento, sobre todo en las grandes ciudades, mirar a otro con miedo, tener miedo a salir a la calle, poner cerraduras de seguridad, odiar al que no es como uno, al negro, al turco, al gitano, igual que en otros sitios se odia al español, desconfiar del catalán o el catalán desconfiar del andaluz. El libro hace

Frente a esa idea que tienen algunos literatos de que la cultura o las palabras son privilegio de unos pocos, yo creo exactamente lo contrario

que todas esas fronteras repugnantes desaparezcan. Cuando alguien lee un libro de un autor que le gusta, establece una comunicación con ese autor por encima de las razas, del espacio y del tiempo.

A veces oigo hablar sobre el orgullo de ser andaluz, de ser vasco, de ser de no sé de dónde. Yo no tengo ningún orgullo de ser andaluz; puedo tener orgullo de ser honesto, de portarme bien con los demás, pero no puedo sentirme orgulloso de lo que soy, sino de lo que hago; al fin y al cabo, yo no he elegido nacer en Andalucía; me siento más cerca de un chino honrado que de un andaluz sinvergüenza. La palabra y el libro nos permiten, por un lado, conocer lo que hay de mejor dentro de nosotros, y por otro, conocer lo que hay de nosotros fuera, y comprender que lo mejor que tenemos es universal y pertenece a todos los hombres. Qué tenemos nosotros en común, por ejemplo, con un hombre de principios del siglo XVII, un hombre viejo, de cincuenta y tantos años, que había estado en la guerra, había sido recaudador de impuestos y llevaba una vida triste, completamente gris, no muy respetado por los demás escritores, con una familia bastante poco recomendable, sin grandes ilusiones en la vida. Ese hombre publicó, en 1605, la primera parte de *Don Quijote*, y ahora, para quienes leemos el libro y lo amamos, ese hombre es como un hermano nuestro, lo sentimos más próximo que a muchas personas de nuestro tiempo. Este sentido tiene para mí la literatura. Esto es lo que hace que, como dije al principio, acuda con tanta alegría a sitios como éste, a hablar a personas como ustedes. También yo me eduqué en una biblioteca, en mi pueblo. Frente a esa idea que tienen algunos literatos de que la cultura o las palabras son privilegio de unos pocos, yo creo exactamente lo contrario; cualquier persona limpia de corazón, que sepa leer y escribir, que ponga atención y entusiasmo, puede entender un libro bueno. También creo que cuando alguien está leyendo en una biblioteca, está ocurriendo un suceso cultural mucho más importante que la entrega de un premio por una autoridad competente. En estos tiempos de desengaño de las grandes utopías, con la gente encanallada por el oportunismo o el dinero, cada día es más importante el hecho de interrumpir la vida cotidiana, apagar la televisión, romper las normas de la realidad, sentarse a escribir una carta, leer un libro o simplemente a pensar en un personaje imaginario. Estoy convencido de que la literatura nos hace mejores, nos hace más libres. Por eso me dedico a ella. Me gusta mucho. ■